

POEMA

## MANIFESTACIÓN SILENCIOSA

*Alberto Blanco*

Tarde o temprano  
alguien que escuche estos pasos  
en un futuro sentirá de nuevo  
aquel calor que animaba el pulso  
y subía a golpes por la vida,  
aquella sangre que inflamara las antorchas,  
los rostros, las vés de la victoria  
en una espléndida celebración.

Un triunfo del silencio voluntario  
frente al rumor impuesto.

Un triunfo musical  
sobre el barullo ensordecedor.

Porque no es lo mismo guardar silencio  
que quedarse callado.

Porque no es igual  
la acción que la reacción.

Luces en la plaza y estrellas en el cielo,  
destellos en los cascos azules y en los lentes  
oscuros, transparentes de tanto verano: septiembre  
ardiendo en las vitrinas de cada aparador.

Las bocacalles estaban bloqueadas  
pero adentro aquello era una fiesta,  
un baño público, una limpia: la forja  
en ese instante de una ciudad gozosa.

Una inmensa columna de muchachos y muchachas  
seguía nutriendo la plaza con su savia  
y a punto de desbordarse ese silencio  
se encendieron las horas sin reloj.

Si las luces de los semáforos estaban apagadas  
las velas interiores —en cambio— estaban listas;

Si el alumbrado público parpadeaba débilmente  
la lumbre de la muchedumbre formaba un corazón.

Eran pocas las ventanas iluminadas por el miedo  
pero se vislumbraba un fuego nuevo en cada cosa:

Periódicos, bolsas, pañuelos, improvisadas teas,  
cualquier combustible era bueno para la ocasión.

La sombra de los muros del Palacio Nacional  
nos pareció más ominosa aún que el profundo bramido  
que sentimos correr como un escalofrío  
bajo el pavimento cuando los tanques rodaron.

Una constelación sin nombre se propagó en la plaza  
y a falta de bandera —el asta se erguía desierta—  
guardamos entre todos un silencio atronador.  
Yo tenía diecisiete años.

Pudo durar aquella noche inolvidable mil años  
o pudo ser una sola noche inaugural  
o la última de todas las noches  
o la única noche concedida.

El caso es que, cuando volvimos a casa  
recorriendo a pie la enorme distancia,  
llenos de orgullo, resarcidos, animados,  
sentimos que algo nuevo, distinto  
había surgido en nuestras vidas.

Una solidaridad esclarecida  
y puesta en práctica: un gesto,  
un acuerdo, un viento, una pasión.

Aquel silencio  
nos hizo aterrizar —al fin—  
en el centro mismo de la tormenta  
y nos hizo poner los ojos  
en el ojo del huracán.

Unos cuantos días después  
llovieron lágrimas de sangre.

Tuvieron que pasar otros diecisiete años  
para que un amargo septiembre  
viniera a sacudirnos  
y nos viera salir  
del estupor.